

Ataque de Cabrera

Infante a la revolución

y respuesta de

intelectuales argentinos

En los primeros días del pasado mes de agosto, el semanario argentino *Primera Plana* publicó una entrevista que le hiciera el redactor de esa publicación Tomás Eloy Martínez al escritor cubano Guillermo Cabrera Infante. Cabrera Infante —que se encuentra fuera del país desde hace casi tres años— utilizó dicha entrevista para atacar groseramente a la Revolución Cubana. A fin de justificar su deserción y el salto que lo sitúa en el seno de la contrarrevolución en el extranjero, Cabrera Infante hace esfuerzos por presentarse como víctima de la Revolución, para lo cual no vacila en recurrir a falsedades e insidias que recuerdan la maligna imaginaria de la propaganda anticomunista de post-guerra, que la verdad se ha encargado de desacreditar y que los acontecimientos históricos han puesto fuera de moda. La Revolución, por supuesto, no tiene la culpa de que la actitud frívola e indiferente de Cabrera Infante ante los graves problemas políticos, sociales y económicos de nuestro país, a los que nuestro pueblo se enfrenta con un espíritu de sacrificio y un valor que ha merecido el respeto aun de sus enemigos, lo haya conducido definitivamente a la incompreensión más lamentable de cuanto sucede en Cuba y, por tanto, lo haya puesto en brazos de la reacción y del más burdo anticomunismo.

Con sus torpes declaraciones, lastimadas por una mala información que demuestra su bochornoso desajuste por los problemas de su patria, Cabrera Infante cree hacerle daño a la Revolución, pero lo que sale perjudicado por ellas es su prestigio intelectual. Con su manifiesta hostilidad a la Revolución Cubana, eje del movimiento de liberación latinoamericano, Cabrera Infante presta el mejor servicio al imperialismo y a las oligarquías que colaboran con éste. El no critica errores de la Revolución, sino que se enfrenta a la Revolución misma, y lo hace extendiendo sus ataques al comunismo. Su posición política, que siempre fue ambigua, por fin se hace clara para todos: sabemos ya que es un enemigo de la Revolución Cubana y, por lo tanto, de lo que ella significa dentro de la lucha por la emancipación de los países semi-coloniales y dependientes del Tercer Mundo. Cabrera Infante es, pues, un colaborador del imperialismo.

Para conocimiento de nuestros lectores, publicamos el cable de Prensa Latina que glossa lo fundamental de las declaraciones de Cabrera Infante, así como las respuestas de los escritores argentinos Rodolfo Walsh, David Viñas, Ricardo Figlia, Andrés Rivera, León Roitichner, Raúl Sciarreta, Ismael Viñas y Francisco Urondo, todas ellas publicadas también en *Primera Plana*.

DECLARACIONES DE

CABRERA INFANTE

A PRIMERA PLANA

(Prelavideo Argentina)

"El socialismo teóricamente nacionaliza las riquezas. En Cuba, por una extraña perversión de la práctica, se ha socializado la miseria. Cuba no existe ya para mí más que en el recuerdo, o en los sueños y las pesadillas".

Estas frases pertenecen al escritor cubano Guillermo Cabrera Infante y están contenidas en una nota que publica el semanario argentino *Primera Plana* sobre los escritores latinoamericanos que viven fuera de su país de origen. Cabrera Infante, a quien la revista le dedica la portada, respondió a un cuestionario por escrito exigiendo que fuera publicado en forma completa.

"Durante mucho tiempo guardé silencio, dice el escritor. Me negué a conceder entrevistas, me encerré a trabajar y me aparté tanto de la política cubana como de los cubanos políticos de todos los colores. Todavía no escribo a otra gente en Cuba que a mi familia inmediata, cartas esporádicas y familiares. Sin resultado, porque el comunismo no admite drop-outs".

Dice más adelante que en Cuba su nombre "fue arrastrado a una polémica", en la que existieron "in-

justos personales, inmensa intranquilidad en mi vida privada, eje cendrado de una lucha por el poder cultural"; y además: "calumnias personales y políticas, negación del permiso para trabajar en la Unesco, confiscación de libros enviados por correo, minuciosa inspección de la correspondencia familiar y deliberada persecución literaria". Según Cabrera Infante su novelista europeo (cuyo nombre no menciona) fue invitado a opinar en la televisión cubana bajo el compromiso de no mencionarlo. Cita además el caso de la bibliotecaria Olga Andru que —dice— puso su navaja *Tres Tristes Tigres* en una lista de libros recomendados por la Casa de las Américas. "A los pocos días es separada del cargo, condenada a una lista de excedentes, lo que significa un terrible futuro porque no podrá trabajar más en cargos administrativos y su única salida será solicitar ir de "voluntaria" a hacer labores agrícolas". Dice luego que el poeta Heberto Padilla fue cesanteado del *Granma* por haber elogiado *Tres Tristes Tigres*. Como represalia, además, a Padilla le fue retirado su permiso de viajar a Italia para asistir a la salida de un libro de sus poemas. "Las últimas noticias presentan a Padilla en la posición de toda persona inteligente y honesta en el mundo comunista: un exilado interior con sólo tres opciones: el oportunismo y la demagogia en forma de actos de contricción política, la cárcel o el verdadero exilio", agrega.

Relata más adelante los motivos por los cuales se fue de Cuba. Dice que en el verano de 1965 regresó a Cuba desde Bélgica para asistir a los funerales de su madre "que había muerto en circunstancias turbias". Había sido internada con "otitis media" y fallecido, al parecer, por falta de atención médica. "Todavía en Bélgica yo añoraba Cuba —cuenta— Su paisaje, su clima, su gente, sentía nostalgias de las que no me libro aún, y pensaba nada más que en regresar. Cuando regresé (...) supe que el sitio de donde había venido al mundo (su madre) estaba tan muerto como al sitio en que vine. La Habana era una ciudad que yo no reconocía y no regresaba precisamente de París sino de una Bruselas provinciana y triste, fea".

"En Cuba —prosigue Cabrera Infante— la luna brillaba como antes de la Revolución, el sol era el mismo, la naturaleza prestaba a todo su vertiginosa belleza. La geografía era la misma, estaba viva, pero la historia había muerto. Cuba ya no era Cuba. Era otra cosa. (...) Las facciones eran reconocibles, pero hasta la propia ciudad, los edificios mostraban una lepra nueva. Las calles estaban cubiertas de una viscosidad física, gotaba del motor de los vehículos escasos, por causa de un defecto insalvable al refinar el petróleo ruso. El malecón estaba cariado, ruinoso. En los canteros del Vedado, que antes fue un barrio elegante, crecían plátanos en lugar de rosas, en un desesperado esfuerzo de los vecinos por aumentar la cuota de racionamiento con sus raquíticas bananas. Los puestos de café que antes colaban ante el público en cada esquina, como en Río de Janeiro, se habían estufado por arte de magia marxista".

Más adelante comenta: "Las vidrieras de las tiendas (mutilado), porque nadie podía comprarlas".

"Es increíble cabriola. Hegeliana. Cuba había dado un gran salto adelante, pero había caído atrás. Ahora, en la pobre ropa de la gente, en los automóviles bastardos (excepto, claro, las limusinas filiales a los raudos chevroléts de último tipo de la caravana del Premier), en las caras hambreadas, se veía que vivíamos, que éramos el subdesarrollo".

El socialismo, teóricamente, nacionalizaba las riquezas. En Cuba, por una extraña perversión de la

práctica, se había socializado la miseria". "Sabía, antes de regresar, que en Cuba no se podía escribir, pero creía que se podía vivir, vegetar, ir postergando la muerte, posponer todos los días. A la semana de volver sabía que no sólo yo no podía escribir en Cuba, tampoco podría vivir. Se lo dije a un amigo —cuenta—, una suerte de persona revolucionaria" a quien Cabrera Infante califica de "excomulgado rebelde, ex ministro, ex diplomático", "que acababa de regresar del presidio político, donde había pasado seis meses "castigado". Tuieron que hablar caminando porque "ya no se puede hablar ni viajando en una máquina. Hay aparatos de detección checos, que se instalan en un automóvil, en cualquier garaje".

Cuenta, además, que su interlocutor hablaba con la cara vuelta hacia las calles paralelas que limitan el parque debido a que "él sabía que hay agentes capaces de leer los labios". Cuando Cabrera Infante le preguntó "qué pensaba hacer", su interlocutor le dijo que le gustaría irse con el Che a las guerrillas del Congo, por lo que el novelista concluye: "ahora sé que este amigo ha tenido menos suerte que Guevara: hoy no es un inmortal sino un zombi político. Cuba está poblada de ellos, de toda clase, muchos, no por casualidad, son zombis literarios".

Preguntando en qué condiciones volvería a Cuba, responde Cabrera Infante: "Si Lizama Lima fuera nombrado Ministro del Interior, no aún así lo pensaría dos veces e intentaré de pensar qué crítica escribir (o dejé de escribir) sobre *Enemigo Rumor* o *Le Fijosa*".

"Yo no soy un verdadero ML (mutilado) otro momento. Los otros escritores latinoamericanos que viven en Europa pueden regresar a sus países cuando quieran hacerlo. De hecho lo hacen a menudo. Yo no puedo hacerlo. Aparte de que físicamente no duraría una semana en libertad".

Prevé, además, Cabrera Infante que en caso de regresar podría ser mandado a recoger bonitos o a cortar caña, a recoger cefalios en un paradero de ésmilus, castigo a que sometieron hace poco, aun conocido teatrista militante (de la Revolución, pero también, ay, del homosexualismo), aunque refractario a la agricultura con destino. "Cuba no existe ya para mí más que el recuerdo o en los sueños y las pesadillas", agrega. "Sé el riesgo intelectual que corro con estas declaraciones inoportunas. Ahora que el santo patrón (laico) de Cuba no es ni Marx ni Mao sino Marouse", opina más adelante Cabrera Infante a *Primera Plana*.

"Sé del riesgo migratorio de quedarse sin pasaporte: Severo Sarduy, por ser infinitamente menos expedito, estuvo dos años sin documento alguno, hasta que no le quedó otro remedio que naturalizarse francés".

Concluye diciendo que ninguna consecuencia le "preocupa". "Me preocupa únicamente la suerte de mi familia dejada en Cuba, liberada a cualquier o a todas las repuestas desde el despido hasta el trabajo forzado. Pero tenía que decir, que empezar a contar cosas algún día aunque perturbe la visión de mis amigos, algunos de ellos de tanto cazar arcobris en el horizonte político, han quedado insurablemente cegados por el espectro rojo. Siento, de veras, tener que molestar sus sueños. No puedo hacer otra cosa. Diría estas verdades si todos mis amigos se llamaran Platón".